

EL ESCANDALO

AVISO A NUESTROS LECTORES

EL ESCANDALO

Va a introducir grandes reformas.
Desde primero de año próximo tendrá un nuevo formato.
La nueva Redacción la integrarán elementos de gran valía, y la Dirección a cargo de una figura de reconocida solvencia literaria.
Para poner en práctica las mejoras de EL ESCANDALO, dejará de publicarse para reaparecer a primeros del próximo año 1927.

De la vida elegante barcelonesa

En defensa de las mujeres que fuman

En un periódico ilustrado francés hemos hallado una significativa fotografía... ¡Y tan significativa y pintoresca! En ella se veían "siete" lindísimas mujercitas con sendos cigarrillos en su boca breve y roja... Preocupadas en la complicada tarea, los ojos entornados bajo el arco finísimo de las cejas "modern style", los labios fruncidos como para uno de esos besos apasionados e interminables de las películas americanas, las siete féminas entregábanse con cierta voluptuosidad a esta frivolidad modernizante.

El que la mujer fume "en mujer"—válgame la frase—y con toda la gracia de la suavidad no nos parece nada feo. Lo que para el hombre es una necesidad, casi; para la mujer no. Para ella es una frivolidad más, que la embellece y que la feminiza, haciéndola mucho más tentadora y agradable al hombre a aquella que pretende la igualdad "intelectual", "política", "económica", etc., etc., de la mujer con la del hombre.

Dire "en defensa" de la mujercita que fuma en su alcoba antes de acostarse—y no se crea el lector que son pocas—, de la "garçonne" que fuma en el club, de la "elegante" que fuma en los restaurantes aristocráticos y de la tanguista que fuma en el "cabaret", que no fuman como los hombres—y ahí está precisamente la gracia—, como los carabineros...

Y es verdad. Fuman como mujeres. Como mujeres que fuman. Y así fuman aquellas mujercitas de la fotografía, perfolando las páginas del diario francés con el humo azul de sus cigarrillos olorosos a ámbar y a miel...

La mujer no fuma como el hombre, como los carabineros. Las mujeres fuman como mujeres... Entre sus pequeños labios rojos, el cigarrillo humea lentamente... No es el cigarrillo que usan las féminas, un cigarrillo basto, plebeyo y apesotado: es un cigarrillo fino y suave con aroma de flor cara... Es un cigarrillo "de guante blanco", un cigarrillo—aceptadme al denominación—"femenino". Con él, los rojos labios no pierden su femineidad, no... es más, casi se engalanan con esa joya, con ese rubí que es la brasa del pitillo.

Además, ¿por qué no han de fumar las mujeres? En una misma boca son compatibles el beso y el cigarrillo. Dígase lo que se quiera, que en las rojas bocas de las mujercitas elegantes, de salón y de cabaret, riman mucho los cigarrillos que Hills, el inglés, parece elaborar para sutiles fragancias de ilusión para que ni el más exigente catador de bellezas femeninas, osara poner reparo.

La mujer sabe fumar "en mujer"... No da al cigarrillo esas chapadas bruscas—mordisquitos casi—de los hombres, de los hombres nerviosos... No. Sus "aspiraciones" serán lentas, suaves y dulces como caricias. Así fuman, por lo menos, nuestras mujercitas modernas: los ojos entornados, los labios fruncidos como para un beso. Fuman "en mujer". Fuman como lo que son: como mujeres... y ahí está indudablemente su defensa.

¿Qué hombre no sabe, que el supremo placer del cigarrillo

llo en la boca de la mujer está en ser cosa de intimidad, precisamente, y que su más bello resultado es el movimiento que al ponerlo en sus labios la obliga a dar un aire de frivolidad, entregándose con enervamiento a la voluptuosidad del cigarrillo y que momentos después, de aquella roja boca, sale esa tenue neblina del humo?

De todas partes del globo nos llegan a diario fehacientes pruebas de lo que realiza un pitillo en la belleza y gracia de la mujer.

Los periódicos gráficos, elocuentemente, claro está, nos exhiben las "fotos"...

Nuestra vista se detiene, haciendo minuciosos comentarios y por último se eleva un suspiro que nos fluye a flor de boca. El suspiro, en cuestión, tras de subrayar el éxtasis de nuestra sensibilidad, es como una especie de tributo que rendimos espontánea y galantemente a estas mujercitas modernas, que se ocupan de la belleza, de la frivolidad; en una palabra, de ser "mujer" y que desprecian el feminismo, para ser feminas encantadoras.

Al fumar la mujercita adquiere interés y gracia en la vida de sociedad. Su gesto descuidado es entonces acecho y triunfo, y estatuilla viva, tanagra moderna, su figura grácil y frívola. Un filósofo-poeta—Luis Capdevila—ha dicho de estas damitas de hoy, que con el pitillo oloroso en la boca, dan un deseo tácito de anulación de la realidad, como un ardiente frenesí de olvido hacia las verdades miserables de la existencia, que "son criaturas del amor de la noche, de la sensibilidad y del momento", hechas para deslizar sobre el planeta sin intervenir en sus faenas oscuras". Tanta gracia adquiere la mujercita con el cigarrillo en su grana boca.

A continuación copiaré el siguiente diálogo, que tuve ocasión de oír en una reunión, y que transcribí en mi carnet de notas. Siempre que pienso en él, surge en mí la idéntica reflexión: ¿Por qué no ha de poder fumar la mujer "en mujer"? Declan así una mamá y una bellísima figurita de "bis-cuit", toda una mujercita de unos 18 años:

Hija.—Mamá, ¿me dejarás fumar?

Mamá.—¿Quita allá, chiquilla! ¿Dónde has visto que las señoritas fumen?

Hija.—Ay, mamá, en más de un sitio. En aquel restaurant tan elegante en que comimos hace pocos días con papá. ¿No te acuerdas? En la mesa de al lado había una señorita, muy guapa por cierto, que a los postres se puso a fumar unos cigarrillos.

Mamá.—¿Estás segura? Yo no me acuerdo de tal cosa.

Hija.—Mamá, si tú misma le llamaste la atención a papá para que mirase lo bien vestida que iba y dijiste que era la hija mayor del marqués.

Mamá.—Tal vez sí; tengo la cabeza demasiado ocupada para acordarme de esos detalles.

Hija.—Bueno: te lo recuerdo yo para que veas que hay señoritas, y de muy buena casa, que fuman en público...

Mamá.—Sería mejor que no fumasen. No les hace ningún favor exhibirse delante de la gente en un restaurant, con el cigarrillo en los labios.

Hija.—Ah, pues ya oíste a papá...

Mamá.—¿Qué dijo papá? Vamos a ver, qué dijo tu "oportunistísimo" papá.

Hija.—Pues dijo... que encontraba muy bonito... que las mujeres fumasen...

Mamá.—¡Vamos!

Hija.—Que el cigarrillo, como el abanico, era un pretexto para que adoptasen actitudes graciosas, para que moviesen los dedos con donaire... ¿Verdad que sí? Se ve bien claro que a papá no le hace mal efecto que las mujeres fumen. No siendo pecado, no encuentro por qué razón has de ponerte tan seria a la idea de tener una hija que fume... que fume un poquitín... no vayas a creer que me iba a pasar el día encendiendo cigarrillos... No... A mí sólo me causa ilusión en momentos determinados: de sobremesa en un restaurant, en una reunión cuando algún joven me ofreciese un Muratti... A veces también sola, mientras leo, tendida en el "chaise-longue"...

¿Por qué no ha de poder fumar la mujer? ¿Qué más bonito, que la mujer ponga la gracia de su suavidad al aspirar el humo del cigarrillo que posa sobre sus labios?

Confieso con ingenua entereza que esa es mi opinión: que la mujer no debe ser coaccionada para que fume, naturalmente, pero que tampoco se ha de mirar a la mujer que fuma como una "cosa" extraordinaria. Y eso pasó precisamente con una extranjera que subía las Ramblas fumando un cigarrillo—y no de cincuenta—y todos los transeúntes se la miraban. ¡Por Dios!, amigos, ¡que eso hace ochocentista y que Barcelona no es una aldea, sino una capital!

Parecía mentira que hombres y mujeres se parasen en la vía pública y se volvieran de espalda, para ver aquella mujer, que llenaba en sus labios un inocente cigarrillo; como si no fuese lo mismo ver fumar a una mujer en un "cabaret", en un restaurant, que en la calle.

Y el lector me permitirá que yo defienda a la mujer que fuma, y que tenga mi opinión y que me la respete, como yo respeto la suya, aunque discrepe de la mía.

Señorita, lector: Con el cigarrillo, los femenos labios no pierden su femineidad... es más: casi se engalanan con ese rubí que es la brasa del pitillo.

FEDERICO WUST BERDAGUER

Un animal antidiluviano en Italia

En una localidad de la provincia de Caserta los obreros que estaban efectuando excavaciones han encontrado, a diez metros de profundidad, el esqueleto de un animal antidiluviano y cuyo nombre se ignora. Sus cuernos miden unos dos metros de longitud, y la cabeza es enorme. El resto del cuerpo está todavía enterrado.

Los sabios han sido prevenidos de ese interesante hallazgo.

El premio Nobel de literatura ha sido para el autor de "Santa Juana"

La Academia ha concedido a Bernard Shaw el premio Nobel de Literatura para el año 1926.

El año próximo concederá el premio correspondiente a 1926.

LOS HOMBRES Y LAS COSAS

LA HERENCIA

El pasante del notario entró en la gran tienda de comestibles que hace esquina a las calles Trudaine y de los Mártires, y preguntó a la cajera:

—¿Hay aquí un dependiente que se llama Feliciano Mouron?

La cajera cambió de color pensando que el visitante era un agente de policía encargado de alguna investigación; pero aquél la tranquilizó en seguida: no quería pasar por lo que no era.

—Vengo de parte del notario señor Bournichou para un asunto de herencia.

—¡Ahl!

La joven llamó a Feliciano, quien acudió sin prisas, con paso lento. Era un muchacho delgado, de cara rubicunda sin expresión.

—¿Feliciano Mouron?—preguntó el pasante.

—Sí, señor—respondió; desconfiado el horterá.

—Muy bien... Su tío, Adriano Mouron, falleció ayer por la mañana. De las diligencias hechas por nosotros cerca de las personas que le rodeaban, parece resultar que es usted su único heredero. Vengo, pues, a rogarle que se pase hoy mismo por el despacho de mi jefe.

Adriano Mouron había logrado reunir una fortuna importante. Poco antes de morir hizo testamento ante el notario señor Bournichou, testamento a la verdad algo impreciso. "En cuanto a institución de heredero—decía la cláusula fundamental—, me remito a las disposiciones legales para la adjudicación o reparto, en su caso, de todos mis bienes."

Feliciano Mouron solía visitar a su tío una o dos veces al año. Nada esperó nunca. La noticia, pues, le asombró tanto que apenas pudo balbucear:

—¿Pero es cierto que heredo?

—Claro, señor.

—Espéreme, voy ahora mismo con usted.

Se quitó el mandil, se puso la chaqueta y el sombrero y siguió al mensajero de la fortuna.

La cajera murmuró entre dientes:

—¡Vaya suerte que tiene, y sin merecerla!

Hacia cinco días que Feliciano se había instalado en el hotelito donde habitó su tío, avenida de Saint Mandé.

El notario, mientras se liquidaba la sucesión, que ascendía a cuatro millones, anticipó a Feliciano cincuenta mil francos en dinero.

El dependiente de comercio sintió necesidades nuevas. Hizo llamar al sastre de su tío y le encargó un sinnúmero de trajes. Salía siempre en el automóvil de su tío y no tardó en habituarse por completo a su nueva posición.

Una mañana el ama de gobierno, que Feliciano había conservado provisionalmente para el cuidado de la casa, fue a anunciarle que una señora quería verle.

Pasó al salón y se encontró con una joven muy enlutada.

—Buenos días, primo!—dijo aquélla.

Feliciano hizo una mueca. ¿Quién podría ser esta intrusa?

—¿Primo de usted?—contestó—. Yo no tengo ninguna prima.

—Se equivoca. Usted no me conoce, pero yo soy la hija de Adriano Mouron, que acaba de morir. Lo supe el sábado último por una casualidad...

—¿Usted hija de mi tío?

—Sí, primo.

Feliciano se encogió de hombros.

—Vaya, vaya! Mi tío no estaba casado.

—En efecto, no estaba casado, pero yo soy su hija, hija natural, reconocida por él hace veintitrés años, en la Alcaldía de Fécamp, diez días después de mi nacimiento... Durante esos veintitrés años mi padre no sintió nunca el deseo de conocerme... Creyó que con darme su nombre lo había hecho todo. Mi madre ha sido siempre demasiado orgullosa para pedir nada...

Registró en su bolso de mano y sacó un documento.

—Vea usted mi certificado de nacimiento.

Feliciano lo ojeó.

—Sí, en efecto...

La joven repuso:

—Ya lo ve usted... Me llamo Adriana...

—Sí, sí...

Feliciano seguía dando vueltas al certificado entre sus manos.

—Y, dígame, ¿para qué ha venido usted a París?

La joven se echó a reír.

—¿Caramba!... Para coger la herencia...

El horterá se puso blanco.

—¿Qué, qué?...

—Es bien claro. Usted es el sobrino, pero yo soy la hija!

—Su hija! Su hija! ¿Pero en qué condiciones? Si él hubiera querido que usted heredase lo habría dicho.

No tenía necesidad de decirlo, porque bien lo sabía...

Además, he visto al notario de Fécamp, y me ha dicho que mis derechos son indiscutibles.

Feliciano se sintió manos de asesino. Nació el deseo de coger a la prima por la garganta y hacerla desaparecer para proseguir su nueva vida, amenazada de trastorno.

La semana anterior estaba casi contento con su suerte de mancebo de tienda. En la actualidad, después de haber gozado unos días la ilusión de ser rico, ¿podría volver a su tienda para ponerse de nuevo el mandil?

—Esta sí que ha sido buena!—dijo, por último.

—¿Cómo ha de ser, primo mío?... No es culpa mía... La legalidad antes que nada.

—¿La legalidad!

Miró a Adriana. Estaba verdaderamente lindísima. Feliciano suspiró.

—¿Qué le vamos a hacer! Iremos al notario... Husiones que se hace uno; pero no importa. He caído de las nubes.

—No me guarde rencor por eso, primo.

Y la joven le tendió la mano, que Feliciano tomó sin prisas.

—Me apena ¿sabe usted?—dijo Adriana—, haberle causado este disgusto...

El no contestó.

—Habría tal vez un medio...—agregó ella.

—¿Un medio?

—Más adelante!... Si nos acostumbramos uno al otro y nuestros caracteres congenian...

—Démonos un abrazo, prima mía...

Y en ese momento, absolutamente sincero, Feliciano no sabía, en verdad, si lo que más deseaba era la mujer o la fortuna.

ROBERT DIEUDONNE

Es de justicia

Homenaje a Zozaya y a Gómez de Baquero

He aquí dos trabajadores incansables y meritísimos, cuya labor seguimos a diario con efusiva simpatía y admiración, que acrece con el transcurso de los años ante el depuración de la obra, de perenne vigor juvenil y orientación, si cabe cada día más liberal.

Para ellos encontramos justificadísimo el homenaje cuya iniciativa han lanzado varios periódicos, y a la que nos adherimos de todo corazón, gozosos de hallar ocasión para manifestar nuestro cariño a los hombres que han destacado su personalidad por la firmeza y la tenacidad con que se erigieron en paladines de toda causa justa y por la valentía con que supieron defender en todo momento las reivindicaciones de los humildes y los ideales de libertad y de justicia.

Es para nosotros Zozaya, desde hace muchísimos años, el escritor romántico y generoso que por cima de todos los yerros humanos ha dado a su pluma la misión nobilísima de defender a las mujeres, a los niños, a los caídos, a quienes tanto se hundieron que ya no logran con su oscuro dolor suscitar la compasión de los satisfechos y bien hallados con su mundo de egoísmos. Zozaya es el maestro que desde los diarios populares ha hecho con sus crónicas más honda labor por la educación del pueblo, equiparando las inquietudes sentimentales de suerte que la bondad y lo más exquisito del alma humana venzan a los malos instintos que yacen semicultos en la personalidad de toda criatura. Supo instruir y educar, y en este segundo aspecto de hacer hombres buenos, apreciamos lo más valioso de la gran obra de Zozaya.

Y de Gómez de Baquero, ¿qué hemos de decir, si le consideramos como uno de los escritores que en esta etapa histórica ha dado con su pluma la más fuerte vibración de entusiasmo y fe en el triunfo esplendoroso de los más amplios ideales de redención humana?

Cuando son muchos los jóvenes, o que presumen de serlo, que desde los alefados del anarquismo han evolucionado hasta aproximarse a las filas de la extrema derecha, haciendo gala de su desprecio a la plebe y reservando todos los primores de su ingenio a elogiar las gracias aristocráticas de quienes defienden cuanto hay de más rancio en ideas y sistemas de gobierno, Gómez de Baquero ha derrochado talento, agilidad mental para demostrar con dialéctica irrefutable que, pese a toda engañosa apariencia, lo que se impondrá en el mundo son las instituciones democráticas en que halle más noble y franca expresión la voluntad del pueblo, cuyo valor espiritual se engrandecerá con el crecimiento de las organizaciones socialistas, a las que se incorporan al lado de los trabajadores manuales los hombres de la cátedra, del arte y del periodismo que hacen materia cotizable de su ideología.

Para uno y para otro, para Zozaya y para Gómez de Baquero, estimamos justificados los homenajes que se preparen, y a los que aportamos, dentro de la modestia de nuestros medios, nuestra más rendido adhesión. Honrando a estos hombres, tributamos un homenaje a lo que hay de más excelso en toda vida humana: la honradez y la dedicación al trabajo.

La heroica historia de la familia Garibaldi

Estos días se cuentan, acerca del señor Garibaldi, numerosas historias sentimentales y de otras clases. La verdad es que un hombre ha traicionado, al parecer, su causa, y por que lleva el nombre de Garibaldi la cosa toma un aspecto de vergüenza trágica. Y es que a través de la Historia, ninguna otra familia de buscadores de aventuras ha aparecido con tanto patrimonio de heroísmo.

El primero, el gran Giuseppe Garibaldi, tuvo dos hijos, a quienes dió los nombres de dos patriotas alemanes, Menotti y Ricciotti.

Menotti tuvo un solo hijo, Giuseppe, que lucha en Italia contra los fascistas.

Ricciotti, que en 1870 combatió en la guerra franco-prusiana, tuvo tres hijas y siete hijos. Estos últimos, siguiendo la tradición de su familia, al declararse la guerra europea se alistaron en el ejército francés.

El mayor, Peppino, vino de Nueva York; Ricciotti, de España, y Santos, Constante y Ezio, de Roma, Bruno salió de Cuba con el mismo propósito. Únicamente el más pequeño, Menotti, continuó en China. Formaron un regimiento garibaldino, en el que se repartieron los grados.

Bruno cayó en 1914 en Argón, en la llanura de Bolante. Constante murió un año después en el campo de batalla en la Chalade.

En 1915 regresaron a Italia los supervivientes del ejército garibaldino, llevando los cuerpos de sus dos jefes muertos. Desde ese momento se dedicaron a hacer propaganda bélica, hasta lograr la intervención de Italia en la guerra.

Al intervenir Italia, Menotti regresó de China, y los cinco hermanos volvieron a luchar contra los imperios centrales. Todos ellos tuvieron un comportamiento heroico, excepto Ricciotti, que encontró con frecuencia pretextos para abandonar el frente y trasladarse a París con permiso. Al terminar la guerra, Ezio, que había resultado terriblemente herido, era capitán; Ricciotti, Menotti y Santos, comandantes; Peppino, general.

El caballero Ricciotti

Entre los italianos hay este refrán:

"La famiglia Garibaldi e come la patata. Il buono e sotto terra."

Don Ricciotti se ha encargado de justificar el refrán; don Ricciotti, que ya que no se pueda parecer a su abuelo en lo "bueno" podía siquiera tener de común con él el alojamiento.

Un obrero hereda once millones de dólares

Comunican de Tourcoign, que el obrero de una fábrica de peines Louis Ramont, de cincuenta años, que, viudo desde hace veintidós, se ocupaba él mismo de su hogar, acaba de saber que va a heredar una fortuna de muchos millones.

—El 10 de octubre último—ha declarado Ramont—recibí una carta de mi hermano Francisco, que es chófer en París. Me escribía: "Nuestro primo, que hace mucho tiempo que marchó a América, acaba de morir. El notario sale de aquí en este momento, y me deja entrever que vamos a heredar una bonita fortuna. Si puedes venir, te informarás por completo." En seguida marché a París, donde me confirmaron el hecho de la herencia, que, según un rápido inventario, se eleva a once millones de dólares y que comprende, además, una veintena de casas.

La hermana de Ramont—casada en 1920 con el señor Bobant, actualmente hospitalizado en Bicêtre—María Leontina, es cocinera en un pequeño restaurant de la calle Cauchois.

La señora Bobant ha declarado:

—Estábamos informados mis hermanos y yo de esta fabulosa herencia; pero no nos ha hecho llegar a la locura de grandezas. Yo, hasta que no cobre mi parte, no pienso abandonar mi cocina.

EL ORO MALDITO

En los recién descubiertos yacimientos, auríferos en Nueva Guinea ha habido sangrientas contiendas entre los indígenas y los buscadores de oro que han acudido en busca de dicho metal.

Han resultado tres muertos.

El administrador británico del distrito envió una expedición punitiva, la cual, vista la superioridad de los indígenas, tuvo que regresar sin llevar a cabo el castigo proyectado.

Según dijeron, les aguardaban, amenazadores, más de mil nativos armados con lanzas.

Se prepara una expedición punitiva más potente.

CRITICA Y COMENTARIOS

LA USURA

He aquí un problema cuya solución ha sido, en todo tiempo, de dolorosas consecuencias para unos y de pingües beneficios para otros.

Nos referimos a la usura.

Perdura aún en nuestro ánimo la penosa impresión que nos produjo la reciente causa—vista en esta Audiencia—contra un guardia de seguridad acusado de haber dado muerte a su esposa.

Ante la Justicia compareció un culpable pero no el verdadero.

Este—nos referimos al promotor—, que fué hábilmente señalado por la defensa, el día de la vista, sorteó el sumario para dejar pasar al acto material del delincuente y su castigo según el Código.

La usura sumó otra víctima.

Pero no es sólo en estos casos en que el final trágico de un tercero abre el presidio a un hombre, apasiona unos días al público y obliga a la Prensa al rutinario comentario de estos lances desgraciados.

De ser posible obtener una estadística de los que se hallan sujetos en las garras de este monstruo que vive entre nosotros, que se desarrolla con la destrucción de tantos hogares humildes, acumulando avaramente riquezas a base de la privación y de la angustia ajena, la fuerza de su número nos produciría un amargo sentimiento de compasión hacia las víctimas de este inicuo negocio.

Un grito de indignación sale de lo íntimo de nuestro ser buscando, desde estas columnas, el eco que reproduzca con mayor ímpetu y pujanza, el acento de humana protesta con que está proferido.

En varias ocasiones nos ha espolado el deseo de romper una lanza, con la ayuda generosa de la Prensa, en favor de estos desgraciados que bajo el imperio de una necesidad del momento ponen en peligro la felicidad propia y también la de sus deudos, y aventuran su porvenir contrayendo compromisos de esta especie que luego pagan con lágrimas de sangre.

Hoy, testigos de un caso que ha derrumbado un hogar, acorralando a un hombre hasta ofrecerle como única salida la cobardía del suicidio, nos ha decidido a coger la pluma.

Los motivos que le impulsaron a llamar a la puerta de los usureros son idénticos a los de la generalidad que acuden a éstos.

La estrechez miserable de quien mantiene una prole a base de un sueldo irrisorio; el apuro económico originado por una enfermedad.

El mismo "via-cruis" que recorre la clase media en nuestros días.

El ruin negocio quedó cerrado con la entrega de tres mil pesetas pagaderas en doce plazos trimestrales de quinientas pesetas (o sean seis mil pesetas en total) previa la firma de un documento, legalmente autorizado por un Notario, en el cual declara el firmante percibir de don Fulano de Tal la cantidad de seis mil pesetas en calidad de préstamo sin interés alguno, cantidad que se compromete a reembolsar en la forma expuesta.

Sigue luego una clausulita en la que el firmante reconoce a don Fulano de Tal su derecho de prioridad sobre los herederos en caso de defunción y pensión a la viuda, si es empleado del Estado.

Todo esto entra de lleno en el Código penal; y, sin embargo, la víctima, acuciada por lo penoso de la necesidad, lo acepta a ojos cerrados como la tabla de salvación de un naufragio, económico.

Pero a los pocos meses sobreviene el peor desastre, cuando a fuerza de privaciones de todo género, puede atender al cumplimiento del primer plazo.

Al vencimiento del segundo, el problema ha tomado caracteres pavorosos, y para atenderlo no encuentra otra solución sino acudir a otros usureros, y al fin, aplastado por el peso de los compromisos—el usurero amenaza con los Tribunales—se hunde, ciego ya, en el delito.

El es cajero de un establecimiento bancario.

Descubierta la irregularidad significa el presidio y el des-honor.

Y un hombre honrado solución el problema ocupando un lugar en la crónica negra de los periódicos.

Todo esto no es nada nuevo. Lo sabemos nosotros y lo sabe también todo el mundo.

Y no hablemos de la infamante usura rural, que pese a las medidas tomadas por el Gobierno, va apoderándose de las haciendas de los honrados campesinos hundiéndose, en una constante miseria, a un número abrumador de pueblos de España.

Por humanidad, pues—y también en defensa propia—se impone una campaña para extirpar estos bichos repugnantes que minan la sociedad.

Es necesario que empecemos todos una ofensiva sin cuartel contra la usura.

El Gobierno, castigando con mano dura—por medio de los Tribunales—a estos seres que medrando en forma tan vil son peores que los profesionales del robo.

Muchos funcionarios suyos han de agradecerse.

La Prensa, dando a la publicidad todos los casos que le sean denunciados, imprimiendo además en gruesos caracteres el nombre del aventajado prestamista para echarle sobre sí el desprecio público.

El patrón: banquero, comerciante, quienquiera que sea, retribuyendo más equitativamente a sus obreros. Y sobre todo que sea muy humano. Es decir, que sea comprensivo, que nunca, en casos justificados, el obrero que suplica por la compañía enferma, por el raquitismo de los hijos, la negativa de aquel lo empuje al borde de este abismo.

Esta es—a nuestro entender—una solución que no dudamos ha de producir a la sociedad un interés mucho más crecido y legal al que, fabuloso, produce al ejército usurario.

PEDRO PRADOS

La sucesión de Mussolini

Subscrita por "Pertinax", ha podido leerse en el fascista "Echo de Paris" una sentencia que hace meditar. Comentando el último atentado contra Mussolini—el cuarto en un año—, observa el autor de cuán poco depende la vida del "duce", y añade: "Basta un solo hombre decidido y secundado por la fortuna para poner en peligro el régimen."

¿Habrá exageración en esas palabras? ¿No rodean a Mussolini hombres de mérito que reciban su herencia? ¿No les secunda un pueblo entusiasta?... Las conquistas de Alejandro no fueron baldías para la civilización; pero su imperio se disolvió con él. La obra de Bonaparte persiste aún; pero su régimen, su dinastía, acabaron antes de morir él. El fascismo es una prolongación de Mussolini, y es difícil saber si una vez desaparecido el fundador seguirá proyectándose esa sombra de su personalidad. Fue Mussolini quien creó los "fascios"; él los lanzó a la lucha contra el comunismo desbordado cuando los Gobiernos daban patentes de su debilidad; él los condujo desde Nápoles sobre Roma a la conquista del poder político. El general Badoglio, ex ministro de la Guerra, ha dicho hace poco—y son muchos los que opinan como él—que algunos minutos de fuego le hubiesen bastado para barrer a los asaltantes. Por él no quedó; pero Roma e Italia quedaron por los fascistas.

El fascismo no ha podido olvidar sus orígenes belicosos, y nadie como el "duce" para enardecer el espíritu que lo informa. Posee el gesto del caudillo, le favorece la voz, le acuden obedientes esas frases breves que siempre impresionan al pueblo y dejan pensativo al extranjero, como si se presintiese la inminencia de un gran poder o de un peligro. Tal ha de Bolognia, que se cita por ser la última: "¡Alzad los fusiles para que el mundo entero vea este bosque de bayonetas y sienta la pulsación de nuestros corazones decididos e invencibles!" Quizá retórica; pero halagadora y exaltadora, y que explica la sujeción que Mussolini ejerce sobre sus compatriotas. Va para dos años en que las audiencias de sus partidarios le movieron a la prudencia, e invitó a las oposiciones refugiadas en el metafórico Aventino parlamentario a colaborar juntos. Fue un momento en que el fascismo estuvo a punto de transformarse, aunque también pudo dividirse. En cualquiera de ambos supuestos, los partidos abstencionistas erraron al desoír la llamada de Mussolini. Desairado por ellos, criticado y aún algo más por sus compañeros de la izquierda, tuvo que adherirse a ellos para salvar la unidad fascista y su propia jefatura. Suscitador de la revolución, arrastrado luego por su impulso, acabó situándose otra vez a la cabeza de los hoscros y dirigir la represión. ¿Qué definiré entre sus secuaces al iniciarla! ¡Con qué júbilo la han visto proseguir! De los antiguos organismos sólo han quedado miembros dispersos; los nuevos—como el popular católico—fueron hechos trizas. Ni partido obrero, ni Sindicatos independientes, ni masonería. Los hombres adversos al régimen habieron de emigrar. La Prensa antifascista ha enmudecido por captación u orden y hasta los propios camisas negras, convertidos en milicia, ya no pueden discutir.

A esos triunfos interiores corresponden los exteriores; sólo que éstos revisten más grandeza en la expresión que en la realidad. Corfu halagó el amor propio italiano y hasta creó una crisis en la Sociedad de Naciones; pero el medro no alcanzó a la resonancia. Tratados medianamente satisfactorios y algunos arenales africanos en los que nadie tiene interés, constituyen el haber del imperialismo fascista. Las porciones suculentas que el apetito territorial codicia, las retienen otros. Pero el pueblo confía en su logro y cree encontrar la promesa en las palabras encendidas de su jefe. Mas tantas veces las ha pronunciado, que el mundo extrapeninsular va habituándose a ellas y las escucha con menos recelo, creyéndolas un aliciente del patriotismo mejor que una amenaza de conflictos, a que se opone la política práctica de Mussolini, asociado a Locarno y sin atreverse a romper con Ginebra.

Las palabras del "duce" tienen, pues, el contrapeso en sus obras. Desaparecido él, ¿cuál de los presuntos sucesores acertaría a conservar ese equilibrio? Ninguno posee su autoridad y su historia.

M. CIGES APARICIO.

Camisas de hombres

De hombre y del color... Es el artículo de moda en la indumentaria internacional. Por lo menos públicamente, las camisas de hombre han derrotado a las camisas de mujer, en cuanto a la influencia que unas y otras han jugado siempre en la suerte de los pueblos. ¿Privadamente también? Nos negamos a suponerlo, a pesar del sensualismo y de las tentativas para inventar el tercer sexo. La camisa, basta y larga como sayal franciscano, de Judith; la suntuosa de la reina de Saba; la de Cleopatra, rosa y raso desnudos, bajo un tapiz; la camisa genial, cuajada de follajes y de flores, de la Pompadour; la de la infatigable amante de Puigmoltó y de Obregón, que hubiera necesitado ser una camisa de fuerza, para contener el ímpetu pasional de su poseedora; la camisa republicana, tan concedora de los muelles divanes del Eliseo, de Cecile Sorel... Todas ellas—las camisas y sus poseedoras—tendrán herederas dignas, ahora y siempre, que vencerán en el secreto de la alcoba, sin que se enteren más que aquellos de sus contemporáneos que tengan vocación de historiadores.

Pero, políticamente—es decir, públicamente—, la camisa vale hoy más que el himatión de un patricio romano, más que la sotana de un inquisidor, más que los fraques de los diplomáticos. Las primeras camisas que influyeron en la vida de una nación, fueron unas camisas ajenas a toda jenceria, las camisas primitivas—vello y piel socarrada por la pólvora—de los descamisados de la Revolución francesa. Agrupadas por la indignación, alzaron en la calle, junto a la guillotina, una ideología nueva.

Hijas o nietas suyas eran las "camisas rojas" de los legionarios de Giuseppe Garibaldi, que vibraron sobre los pechos esforzados de los Mil de Marsala, y forjaron, siguiendo a Mazzini, la unidad italiana. Camisas que honraron su claro abolengo jacobino y su color inconformista y subversivo, alistándose, bajo todos los cielos, donde había que ganar una batalla por la Libertad, que entonces alcanzó el derecho de su ele mayúscula. Camisas de una época romántica, en que todavía eran inexpugnables y temibles las barricadas, netas las ideas y fácilmente visibles los traidores.

La Gran Guerra ajó y deformó, bajo la guerrera del "poilu" infinitas camisas almidonadas. Al abandonar las trincheras fangosas y pestilentes, muchos de aquellos hombres arrojaron e incineraron aquellas camisas, que tenían cuajarones de sangre y manchas de inmundicia, que estaban indeleblemente marcadas con un estigma de barbarie cruel. Casi todos los que se vistieron con ellas, las recuerdas horrorizados y contritos. Pero otros se enorgullecieron de ellas y las colocaron sobre sus ropas ciudadanas, como un símbolo de una satisfacción de orgullo nacionalista, de un afán de dominio y de expansión y de un sádico deseo belicoso. Y surgieron las "camisas negras", réplica de las de los camaradas del cervero Santerre y de las de los voluntarios garibaldinos. Con apariencia de novedad, eran un retorno a los tiempos césareos, pregonado por el haz de los hitores romanos—la vara, las cuerdas y el hacha—con que las decoraron jactanciosamente.

La vieja batalla, batalla secular e inacabable, ha vuelto a trabarse entre unas y otras camisas. Pero ya no es tan clara la diferenciación ni tan sencillo el descifrar el significado de sus colores. El rojo de los bolcheviques es un teñido del negro de las que llevan el emblema del haz. Las azules de George Valois y del chico de Maurice Barrés son también un producto de la tintorería judaica. Y ¿quién adivina el verdadero color de las camisas blancas, zurcidas o flamantes, de los que se acercan a un bando o a otro? Hay que tener mucho cuidado con ellas. A veces, las que cubren el torso perfumado de un atlético hijo del siglo ocultan el marchamo de la patria de Sila. Y proceden de un faldón de la camisa del hipocrita y fermentido Sparafucile.

Lo que pasa en Norteamérica

Irrupción de bandidos en un club nocturno de Nueva York, en el que limpian a los presentes, recogiendo veinte mil dólares.

Días pasados a primeras horas de la madrugada seis individuos armados asaltaron un club nocturno de Broadway, y después de haber atado y amordazado al dueño, ordenaron a los espectadores que se colocaran en fila y que desfilaran por delante de ellos, despojándoles entonces de todas sus alhajas y dinero.

Hecho esto les hicieron poner cara a la pared y escaparon, no sin haber dado antes una paliza a una artista que gritaba para dar la voz de alarma.

Ese audacísimo robo ha producido a sus autores unos 20.000 dólares.

EL PRESENTE NUMERO

HA SIDO VISADO POR LA

CENSURA GUBERNATIVA

Fugas

Intentos de fuga, debiera titular esta página de la vida en el presidio, pues, realmente las fugas que llegan a consumarse son en número bien reducido.

Ahora bien, los intentos se repiten con extraordinaria frecuencia.

Raro es el día que no se celebra un Consejo de Guerra para ver y fallar alguna causa por esta causa.

Los oficiales del ejército que sirven en esta guarnición, y que son los encargados de hacer las defensas de los delitos cometidos por los confinados, conocen perfectamente al que escribe estas cuartillas, y muchos de ellos, pensando bien cuidadosamente, adaptan sus alegatos a un mismo formulario. Un preso trata de fugarse, es sorprendido, se le formula causa, y el fiscal pide al Consejo, para el reo, dos o seis meses de prisión.

Ahora bien, en la mayoría de los casos, y por razón lógica, el preso que trata de fugarse tiene que cumplir condena mayor por otros delitos a la que por este nuevo se le impone.

¿Que le importa a un presidiario—aquí hay muchos en este caso—dos meses más, cuando tiene cincuenta o sesenta años de vida que extinguir?

El autor de esta defensa defendió a un confinado por el delito de quebrantamiento de condena, llamado Miguel Sales Mora, muerto más tarde a manos del famoso estafador Conde Donaire, que tenía en su hoja penal más de setenta años de presidio por aglomeración de condenas perpetuas y suma de penas impuestas por delitos cometidos dentro del penal.

A continuación inserto una defensa en causa seguida por fuga, en la cual lógicamente se exponen las razones que obligan a los confinados a querer salir de su estado y a recobrar su libertad.

Es uno de esos formularios a que antes aludí, escrito por un brillante oficial de Infantería, que dice cuanto y únicamente merece decirse respecto a este asunto:

"Don J. B. V., primer Teniente y defensor nombrado por el procesado Juan Sánchez Cano, acusado del delito de quebrantamiento de condena, al Consejo de Guerra remito todo el honor de exponer lo siguiente: Se repiten con tanta frecuencia en esta Plaza las vistas de causas seguidas contra confinados por intento de fuga, que los jueces que me escuchan y que han de sentenciar aquí, han de ajustarse necesariamente a norma constante y que sirve como formulario a todas las causas de la misma naturaleza que esta que ahora nos reúne.

La relación de hechos transcrita por el caballero Fiscal, y la acusación por él formulada, se ajustan, la primera a la sumaria, y la segunda a la ley; así, poco puede hacer la defensa, nada, mejor dicho, que pueda librar al procesado de la pena que para él pide el representante del ministerio público.

Pero es de tal naturaleza el hecho juzgado, y concurren en él tales circunstancias, que bien merecen ser tomadas en consideración por los señores jueces. Juan Sánchez Cano, cuyo nombre es bien conocido por los encargados de la administración de la justicia en esta Plaza, es un hombre en que domina la idea hermosa del individualismo. Un hombre que se ve alejado de su pueblo, de sus afecciones, preso desde hace muchos años, y con la perspectiva de que su posición se haga interminable. Es un hombre lleno de vida, lleno de energías, y su furia se resiste a aceptar con resignación un encierro que parece



—¿Aún no se determina por el matrimonio?

—No. Me determinará cuando sea como el lazo de la corbata, que se hace y deshace siempre que uno quiere.

LOS REPORTAJES SENSACIONALES

LA VIDA EN EL PRESIDIO

JESÚS MIJA Y CANDADO

que nunca ha de acabar. Recluido en lóbregos calabozos, rodeado otras veces de tapias, rastrillos y murallas, vigilado por adustos celadores y armados centinelas, hemos de concederle el derecho a pensar en la libertad, sentimiento el más hermoso que puede anidarse en el pecho de un hombre.

No pretendo discutir la ley, pues ni aun con alientos me considero para dudar del mero lógico de sus preceptos; pero sospecho que no es el sistema de prisión interminable el más a propósito para llevar a los delincuentes por la senda del arrepentimiento y de la corrección. Y cuando un hombre que mató en un día de locura, se ve privado de su libertad, con una privación que dura a veces tanto como su vida, cuando su imaginación dice que si crimen, obra de un instante, ha de ser purgado con treinta años de encierro, cuando comprende que a su salida del presidio (si sale) será un viejo decrepito, más decrepito por la vida llevada que por los años vividos, es natural, es justo, que ese hombre piense en romper el cerco en que la sociedad lo tiene recluido, es justo admitir en buena lógica que su cerebro, que no piensa más que en la libertad perdida, le aconseje que se vaya, que huya, que se esconda hasta que su recuerdo haya sido olvidado para poder entonces vivir en el mundo, dedicarse a lo que le sugiera su albedrío, gozar, en fin, de esa libertad que la ley le privó en castigo a un momento de ceguera.

Y si pensando constantemente en la fuga encuentra el modo de realizarla y ve que sus celadores distraen su vigilancia hasta el extremo de permitirle huir sin ser visto... ¿qué mucho, pues, que mi defendido aproveche el momento oportuno y salga, sin violencia de ningún género, de esa brigada en donde habían de consumirse sin beneficio alguno todas las fuerzas, todas las energías de su vida? No creen vuestras señorías, como creo yo, que está justificada la fuga frustrada de Juan Sánchez Cano?

Pero la ley es clara, es terminante, y considera como "delito" a todo eso que yo considero expansiones de la imaginación y deducciones de la lógica. Por algo la ley está hecha por los hombres.

Al hacer esta defensa las anteriores observaciones, tengo la absoluta evidencia de que serían entendidas por los jueces ilustrados que forman el tribunal como lo que realmente son. Conozco bien la realidad de nuestras conciencias, y así, ni por un momento había de intentar tratar de que se doblegaran, cosa que mi propio honor había de impedirme, si no fuera bastante el conocimiento que tengo de vuestra inflexibilidad. Al hacer las anteriores observaciones, me guía tan sólo el interés que me inspira mi defendido, cuyo nombre puede hacer acaso que se piense con cierta predisposición en contra suya.

Revisé la hoja penal del procesado y veréis que sus folios están ocupados tan sólo por quebrantamientos de condena; pero todos sus violentos, sin excesos, respondiendo tan sólo a su constante deseo de ser libre, pero nunca empleando la fuerza para abrirse paso, prueba indudable del horror que le causa la comisión de aquel verdadero delito por el cual fué recluido hace tantos años.

El hecho que va a juzgarse y que la ley califica como delito, se reduce a salir por una puerta que ve abierta en el recinto de su prisión, sin que nadie ni nada le ponga impedimento en su salida.

Esto es todo cuanto esta defensa tiene que manifestar en favor del procesado Juan Sánchez Cano. He dicho."

Y bien dicho, añado yo, pues en la defensa retrata su autor de mano maestra las causas que siempre impulsaron a los recluidos en la prisión a desear su libertad que buscan en todos momentos y por todos los medios.

El caso presente es vulgarísimo, cierto; a diario se registran otros iguales, pero también es cierto que todas aquellas fugas que premeditan los penados y que acontecen con casi seguridad de éxito, se ven frustradas más o menos tarde.

Recientemente se evadieron de presidio ¡quince reclusos! que permanecieron más de doce horas ocultos en unas bóvedas de terreno minado que hay a las puertas de la Plaza. Todo lo llevaban muy estudiado; sus planes eran verdaderamente prodigiosos.

Aprovechando estos quince "señores" el momento en que sus vigilantes estaban distraídos, abandonaron el trabajo a que con otros compañeros se dedicaban, y fueron ocultándose uno a uno en los subterráneos donde habían de esperar la llegada de la noche para emprender su huida camino del campo moro, que está a algunos kilómetros del penal.

Al retirarse los reclusos del trabajo y pasar lista los capataces, se notó la falta de los quince fugados. En seguida se dio parte al Gobierno Militar, a la Dirección del Penal y a la policía, y se empezaron las diligencias para capturar a los fugados.

Las primeras pesquisas fueron inútiles. Había, sospechas de que se habían escondido en las bóvedas de los subterráneos de las minas sobre las que trabajaban.

y se dió orden por el gobernador militar para que un batallón de infantería acudiera al sitio supuesto a ver si descubría a los burladores de la vigilancia del penal.

Por parejas, se ocuparon todas las salidas de las minas, y una compañía recorrió los pasillos subterráneos sin éxito alguno, pues que nada había visto digno de mención.

Sin embargo, la obra de persecución continuó. Llegada la noche, y como Dios quiso, una compañía del regimiento de Ceuta volvió a entrar en la mina y recorrió en todas direcciones los distintos corredores que tenían salida al campo.

Un perro que marchaba al lado del capitán dió con el objeto de la persecución. Al pasar por uno de los pasillos, el animalito empezó a ladrar y olfatear como notando algo para el extraño, y en efecto, en el sitio donde el perro se había parado estaba el nido.

En el techo de este corredor había un gran boquete que llamó la atención de los soldados, y uno de ellos, cumpliendo la orden de su jefe, lanzó una pedrada, a la que contestó un grito de un hombre.

Allí estaban los fugados. —No tirar, no tirar; nosotros nos entregamos— exclamó uno de ellos.

Y, en efecto, todos se entregaron a la compañía, que los sacó fuera y los restituyó al presidio.

Es de notar que por el mismo sitio donde fueron descubiertos, había pasado otra compañía por la tarde sin haberlos visto.

El plan de los presos estaba bien concebido, pero gracias al celo y feliz iniciativa del general Bernal, que en persona asistió al lugar del suceso, pudo evitarse la "escapada".

Esta fuga se separa por completo de las ordinarias y tiene notable el número de hombres que consiguieron permanecer escondidos durante tantas horas en un sitio donde estrechamente podrían revolverse tres personas.

Yo he visto otro caso también raro. Un confinado que se escapó del Hacho y estuvo en la cañería de un excusado más de diez horas.

De nada le sirvió tampoco su arrojo y su buen estómago, pues no consiguió salir de la Plaza.

Ellos han recurrido a cuantos medios pueda imaginar el curioso lector, desde vestirse de levita y sombrero de copa y ponerse bigote y barba postiza, hasta disfrazarse de mujer, pero pocos han consumado la evasión.

Esto, que había muy gusto en favor de la guarnición, lo consigo con sumo gozo y doy por terminada esta página del penal, interesante como cuanto en él ocurre.

En los talleres

El edificio destinado a talleres en esta colonia penitenciaria, es uno de los más dignos de ser conocidos; no por lo grandioso, sino por los fines para que fué creado.

Es un justísimo medio de vida honrada que se les proporciona a estos seres arrojados de la sociedad por no haber sabido disimular sus vicios y pasiones o por haberse dejado arrastrar por ellos al fondo de un abismo desconocido; medio de vida que, como premio a su trabajo, sirve de mejora a su situación nada envidiable.

Estos talleres son explotados por todos aquellos que teniendo un oficio honrado quieren asistir desde la mañana a la puesta del sol, a trabajar en él, con la sola condición de dejar a beneficio del penal un tanto por ciento muy reducido, del importe total del precio de sus obras.

Muchos son los obreros. Allí hay de todo; los oficios y artes más extraños tienen en los talleres una lucida representación.

Desde los apuradores de calzado elegante, hasta los alpagareros, pasos negros en mayoría, y desde los sastres más "famosos" hasta los que tan sólo sirven para echar culebras y remiendos, encuentra allí el visitante todas las escalas intermedias.

En una ocasión se fundó en Ceuta un periódico titulado "La Revista", y quisimos los que formábamos la redacción, que en él se publicaran algunos grabados que prestaran amenidad al semanario. Se estudió el asunto y en seguida sobrevino el grave inconveniente de no haber en la Plaza un grabador que se encargara del trabajo.

Fuimos a talleres a ver si allí, por una casualidad, había alguno del oficio, y efectivamente, dimos con uno de ellos que por un módico precio se encargó de hacer los clichés en plomo.

—Y usted tiene elementos—le preguntamos—, para hacer esa clase de grabados?

—Ya lo creo!—nos contestó—. Miren ustedes, todos los materiales que necesito para ello los llevo aquí, en el bolsillo.

Y al decir esto nos enseñaba un afilado corta-plumas y un punzón de acero.

—Con estos dos chismecillos y el plomo consiguiente, tengo lo bastante. Ahora les voy a enseñar muestras de grabados hechos por mí y verán si les resulta.

En efecto, sacó algunos clichés verdaderamente notables. Paisajes, figuras, retratos, viñetas, de todo había en aquel cuaderpón.

Delante de mí cogió un trocito de plomo en una lámina delgada, y con gran soltura, valiéndose de la navajilla y del punzón, trazó al revés mi caricatura con un parecido verdaderamente notable.

Intitil es decir que el "aplicado" grabador fué a formar parte de la redacción de "La Revista".

En los talleres hay hombres para todo. Tallistas como carpinteros, escultores como albañiles. También vive dentro de estos locales un plantel de presos sin oficio determinado, pero que se entregan a trabajos mixtos en los cuales el ingenio y la habilidad resplandecen con todo su esplendor.

Uno de estos me hizo en una ocasión un sombrero de copa (clac), que era un verdadero modelo en su género. No podía abrizse, pero como el objeto era poderlo llevar bajo el brazo, no importaba que careciese de este requisito.

Los materiales que entran en su construcción no eran otros que cartón y seda negra para el forro. El ala salió de un viejo sombrero honrado, y la cinta era lo único nuevo y de "verdad" que tenía el falsificado y elegante cubre cabezas.

A este mismo "artista" le vi construir un barco de vapor que era una verdadera joya. Desde los palos a la caldera, hecha casi a un bote de leche condensada, todo había salido por arte de magia de aquellas manos privilegiadas. El contraste no podía ser más notable: un sombrero que construye barcos en sus ratos de ocio; título para una novela de Luis Taboada.

Estos industriales llenan cumplidamente las necesidades de la Plaza, pues gracias a ellos, se puede la gente proveer de artículos y arreglos, ajenos al comercio, muy reducido por cierto, que hay en este pueblo.

El único arte y quitanchas que existe en Ceuta, está también en talleres, a cargo de un "ilustre químico", capaz de combinar los ácidos más extraños para producir substancias tintóreas. Hasta disecadores se encuentran en estos talleres. Por una peseta le disecan el loro querido o el gato que era encanto de la casa, a cualquier persona que lo desee.

Esta institución de la colonia es lo único bueno que he visto en ella. Funciona con regularidad, y hace, aunque lentamente, una evolución moral en todos aquellos que a ella concurren.

Muchas veces he pensado que del mismo modo debería existir una escuela a la que asistieran aquellos reclusos que lo desearan. Al principio puede que fueran pocos alumnos, pero más tarde, ¿quién sabe si serían todos asiduos concurrentes a las "aulas"!

No es mi intención ni el objeto de este libro hablar de organización presidiaria, ni mucho menos, y por eso dejo el asunto a los que quieran fijarse en su transcendental importancia.

Sirva de apoyo la siguiente observación: Raros son los alborotos y más raros los crímenes y disturbios que ocurren dentro de estos talleres. La causa es bien sencilla y explicable.

Si el compañerismo existe en el presidio, allí es donde se manifiesta con más sinceridad y nobleza, y todos y cada uno, ocupado en lo suyo, olvidan torpes deseos que sólo alimenta la holganza y el estado inactivo del hombre.

El trabajo constante y retribuido, rara vez es causa de motines; sólo se amotinan los "otros"; los que por veinte centimes de jornal trabajan doce horas del día acarreado piedra o levantando cañones para montar baterías. Estos son los propensos al mal; los de talleres honran, si cabe, a la colonia.

El "voceador" y el corneta

Es uno de los tipos más populares dentro del presidio; de ese pueblo formado por uno cuantos cientos de hombres unidos por la desgracia o por los malos sentimientos.

El voceador sale de entre ellos. Es un "escogido" (que aun dentro del presidio hay afortunados y privilegiados que tiene que cumplir una misión verdaderamente importante...

Cualquiera que visite el cuartel principal, que es el departamento matriz de otros secundarios, como Talleres, el Hacho, Jadí, etc., se encontrará a la puerta con el clásico voceador.

Generalmente, es un hombre joven, ágil, fuerte y de robustos y bien desarrollados pulmones; condición sin la cual su misión no quedaría muy bien cumplida.

La primera vez que yo entré en el presidio a preguntar por un confinado a quien deseaba hablar sobre un asunto de justicia, me extrañó oír de vez en cuando en el patio la voz de un hombre que llamaba a otros, siempre del mismo modo y como si arreglara sus gritos a un formulario escrito de antemano.

—¿A ver ese que llaman Juan Martín Ruiz! ¿A ver ese que llaman Manuel Ruiz Pérez! ¿A ver ese que llaman Melchor López Lucoquito!

Esta es la fórmula a la cual contesta el aludido gritando desde el lugar donde se halla: "¡Va!".

Y a los pocos momentos se encuentra al lado del voceador, que lo conduce a presencia del empleado, compañero o visitante que por él pregunta.

Verdaderamente, que el sistema no puede ser mejor. De no hacerlo así, sería tarea difícil y no tan breve la de encontrar a un preso determinado entre aquel enjambre de ellos.

El voceador, con el corneta del presidio, tipo también imprescindible para el régimen interior del penal, son las dos figuras más simpáticas de la "casa".

El corneta, con arreglo a una cartilla de toques en la que se marca el acto que ha de tener lugar, según el toque designado, pone en movimiento a todos los presos, que acuden sumisos como siempre a la indicación.

El patio del penal está lleno de confinados; cada uno se ocupa en una cosa; pero suena la corneta indicando por ejemplo la distribución del rancho, y a los pocos momentos forman todos los reclusos con sus correspondientes vasijas, para tomar el alimento diario y no mal comendado, que constituye la base de la alimentación en el presidio.

Se toca la diana, retreta para acostarse, silencio para que cese todo ruido dentro de los dormitorios; un toque especial para que formen los que tienen permiso para trabajar en la calle por su cuenta; otro para los que van de orden superior a trabajos forzados, a las minas, a las carreteras o a los distintos puntos donde previamente se les ha designado, y así todo; la corneta marca la hora y el acto para que han de reunirse.

Claro que estos mismos fines podrían conseguirse empleando una campana, o un pito de potinse manejado por uno cualquiera de los confinados, y mucho mejor sería, pues parece que la corneta es patrimonio del soldado y no contrasta muy bien un toque del guerrero instrumento con una formación de presidiarios.

Esto no deja de ser una opinión particular, en la cual abundan muchos que sobre este asunto han tratado y tratarán en lo sucesivo.

El voceador y el corneta subsistirán a pesar de todo. Son destinos de tiempo inmemorial dentro del penal, y ya se sabe lo difícil que es romper moldes que los años han envejecido y autorizado.

Creo que si en vez de la corneta que toca diana para que los penados abandonen sus "petates", oyeran éstos una campana que diera un repique convenido con el mismo objeto, no cumplirían tan pronto ni con tanta satisfacción la orden.

Porque es lo que me decía en una ocasión el voceador del penal de Melilla:

—Mire usted, entre ese (el corneta) y yo, manejamos "to" este cotarro.

El día que uno u otro cese en su cargo, no sé cómo se van a entender esos "probes" hombres.

Puede que tuviera razón para pensar y hablar así... el preso de Melilla...

Al trabajo

Ya forman los presos en el patio del cuartel. Hace unos momentos les anunció el toque de corneta convenido que la hora de acudir al trabajo había llegado.

Y allí fueron todos; unos con verdadero gozo, otros a regañadientes y andando perezosamente, como si para ellos fuera un verdadero martirio el acto que empezaba.

Los empleados del cuartel principal, que es de donde únicamente salen estos obreros, forzados en su mayoría, pasaron lista y fueron separando por grupos para las

distintas obras de la Plaza, el personal correspondiente a cada una.

Después, y en no muy correcta formación, emprendieron la marcha. A la puerta del presidio esperaba la escolta, compuesta de algunos soldados de infantería, de esos soldados que, gracias a quien sea, sirven para todo, según gráfica frase de un ilustrado jefe amigo mío.

Por parejas, marcharon los defensores de la Patria y "guardadores de presidios", detrás de los distintos grupos.

¡Y qué grupos!... ¡Qué caras, qué gestos, qué diversidad de tipos y qué promiscuidad de caracteres!

La mayoría llevaban sobre la cabeza algunos sombreros de paja, sucia y basta, que les preservaban de los rayos del sol, otros cubríanse con boinas de distintas formas y colores. Muy pocos conservaban el característico gorro de presidiario.

Igual sucedía con los trajes. La variedad de vestidos era abigarrada y múltiple.

Observando detenidamente este detalle, se veían muy pocos, quizá ninguno, vestido de la misma manera. Los andrajos eran la característica del porte de aquellos reclusos.

Presumo que este desorden y miseria en el vestir era extraño a los encargados del suministro de ropas al penal. Quizás ignoraron el deplorable estado de aquellos hombres cuyas energías físicas y aún morales se consumían durante su vida desprovista de encantos y de alegrías.

¡Han al trabajo todos aquellos que querían por este medio ganarse un reducido jornal, con el que atender a sus necesidades, y todos los que por obligación estaban condenados por faltas cometidas en el régimen interior del penal.

Yo les he visto muchas veces en la obra. Los hay de todas edades y condiciones; viejos y jóvenes comparten por igual del pequeño jornal, todos a una trabajan bajo la vigilancia de empleados y capataces que les obligan a no descuidarse en el cumplimiento de su deber.

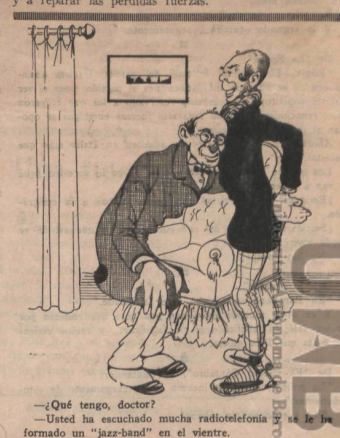
La creencia, errónea desde luego, de gran parte de la gente, que ve siempre al lado de un enjambre de presidiarios al "negrero", que con su vara les anima, como el cocherito a sus bestias a fuerza de tralla, a que trabajen sin desahago alguno, podrían deshacer su yerro si vieran los que en estos presidios levantan casas y construyen baterías de artillería con verdadera y pasmosa rapidez.

Aquí no se pega a ninguno. Es una orden moral, como dije en otro lugar, digna de encomio, pues nunca hay motivo para emplear el palo como medio de castigo, cuando existen leyes que procuran correcciones, nunca tan en contraposición con la dignidad, poca o mucha, del hombre sea éste de la condición que fuere.

Una vez en la obra, el encargado de ella, el maestro, divide el trabajo con arreglo a la condiciones de cada uno de los confinados. Los carpinteros trepan por los andamios donde tienen su puesto; los herreros a la fragua portátil establecida allí mismo, y así todos, empiezan su cotidiana tarea en las horas marcadas para ello, que son desde la mañana hasta la puesta del sol, en que el cañón dispara indicando la retirada al presidio.

Este disparo es producido por una pieza de artillería emplazada en una batería, a la entrada de la Plaza, que tiene el oficio de reloj, base para poner en hora todos los del vecindario.

Al amanecer da el primer cañonazo; a la puesta del sol, el segundo, y a las nueve o las ocho de la noche, el último; el que sirve para que los presos que duermen fuera del penal permanezcan en sus domicilios sin salir hasta el disparo de la mañana, y para que los que habitan en él se acostuen a descansar de las fatigas del día y a reparar las pérdidas fuerzas.



—¿Qué tengo, doctor?

—Usted ha escuchado mucha radiotelefonía y se le ha formado un "jazz-band" en el vientre.

ECOS E INDISCRECIONES

COCKTAILS

El vizconde de Eza pregunta en "A B C":
 "¿Se necesitan hombres?"
 Sí, señor, no hay duda; pero que no sean "sociólogos".

"La Fiesta del Ahorro se ha celebrado en toda España el día 31 de octubre."

El último día de mes. Muy propio para ahorrar... a la fuerza.

"El periodismo va a tener Santo Patrón."

Bien está si nos lo dan;
 pero que se entere el Nuncio
 que el patrón del periodismo
 siempre ha sido San Anuncio.

"Los millonarios yanquis son aficionados a los encajes y pagan por las puntillas precios fabulosos."

Bueno, si es su gusto, que les den la puntilla.

"En Bilbao los perros van a ser vacunados contra la rabia."

Mejor sería exterminarlos de una vez. Porque muerto el perro se acabó la rabia.

Epígrafe de Noticias:

"Varias notas de La Hüllera".
 Serán "negras" todas ellas.
 no habrá una "blanca" siquiera.

"Una joven portuguesa vive solamente de agua desde hace siete años."

Por fuerza esa agua fría ranas o algún pescado, y de eso vive la joven lusohidrópica.

Camba, en una de sus crónicas, dice que tiene la seguridad de que se acabará el mundo, pero que no sabe cuándo.

Qué pensamiento más grande
 filosófico y profundo.
 Si no fuera que lo mismo
 se le ocurre a todo el mundo.

Un sabio americano afirma que en el siglo que viene la vida humana durará cien años por término medio. Ahora dice que comemos demasiado para poder vivir mucho.

Pues si no se come, se moriría uno antes... ¡de hambre!

Hace pocos días "El Socialista de Madrid" decía que Cristóbal de Castro había sido amigo de Romanones. Todavía no ha dicho Cristóbal de Castro de quién es amigo Llaneza... ¡Y no queremos hablar de Largo Caballero!

Hojeamos un periódico en forma de revista.
 Se titula así:

"Barcelona al día."
 Luego, vemos que se trata de una publicación mensual.
 ¿Cuándo menos fuera "quincenario!"...

De "Heraldo de Madrid":

"Mueren tres personas de hidrofobia y se teme que fallezcan muchos más."

Lo primero se explica.
 Y lo segundo ocurrirá... seguramente.

De "La Epoca":

"Roma.—El "Boletín Oficial" del partido fascista anuncia que no se admiten más adhesiones al partido, pues el ser fascista constituye un privilegio reservado a los que creyeron en el renacimiento cuando todas las fuerzas enemigas se oponían al triunfo del fascismo."

Ahora bien. Los fascistas no admiten en Italia más que fascistas.

Los que no lo son ni pueden serlo ya en lo sucesivo ¿qué se van a hacer?

¿Emigrar? Los fascistas han puesto trabas a la emigración.

¿Suicidarse en vista del convencimiento de que así no se puede vivir? Acaso.

¿No hay escape!

De "El Debate":

"En Barcelona se tomaba café falsificado."

Y en otros muchos sitios dan una cosa que empieza por no ser café, ni falsificado ni sin falsificar... y vamos viviendo, hasta que Dios quiera.

De "El Pueblo Cántabro" de Santander:

"La policía cubana se incauta de un cargamento de estupefacientes."

¡Bien por la policía cubana!

Pero aún le queda algo por hacer: trincar a los que iban a consumir los estupefacientes.

De "El Regional" de Lugo:

"Vuelvo en seguida."

¿Ha dicho eso alguno de los que se fueron de España últimamente?

"La Atalaya", de Santander, apoyándose en el testimonio de "Le Journal" de París, asegura que Ricciotti Garibaldi "empeñaba anualmente la tumba de su abuelo."

Siendo así, no es de extrañar que traicione a todo bicho viviente.

La última producción de nuestro camarada Angel Samblancat "La revolución en el meu barri", obtiene todos los días un delirante éxito en el Teatro Apolo.

Si la pequeña "revolución" de Samblancat promueve alboroto todos los días, y eso que solamente se trata de un "barri", ¿cómo sería, si la "revolución" estallara en todos los "barris"?

¿No te parece Angel?

"En el nuevo Círculo de Bellas Artes, inaugurado en Madrid, hay una piscina con focos sumergidos para iluminar el agua."

Más propios que focos hubieran sido focas.
 Digo, me parece a mí.

"En el Congreso de los Estados Unidos hay entre sus miembros cuatro mujeres, tres de ellas enemigas de la ley seca."

Tendrá que oír lo que charlarán las diputadas, sobre todo las tres últimas, los sábados.

"En Madrid ha sido detenido un chófer que se llama Francisco Calavera Tenorio."

Falta averiguar por qué
 fué llevado a la "perrera".
 ¿Por ser un don Juan Tenorio?
 ¿Por gallardo o calavera?

"En Vitoria ha descarrilado un tren de obras."
 Murieron tres empleados de la línea. Vaya un tren de obras... de mala ley.

"Del vuelo Génova-Brasil se tienen impresiones pesimistas acerca de la suerte del hidroavión."
 ¡Pues sí que es suerte! Toda una fortuna.

"A Bélgica ha llegado un aeroplano con mil seiscientos cincuenta kilos de oro en barras."
 El oro siempre subiendo. Y poniéndose por las nubes.

"El rendimiento de las minas de Almadén."
 En verdad que deben hallarse muy cansadas. ¡Tantos años como llevan "sudando" mercurio! Y con lo que se mueve el azogue.

"En Méjico, en las elecciones, hubo graves disturbios, diez muertos y numerosos heridos."
 Poco más o menos como aquí "in illo tempore".

"De Valencia a Madrid a pie."
 Es natural. ¡Como no acaba de hacerse el ferrocarril directo! La gente echó a andar...

"El taxi, el camión y el tranvía."
 Los tres enemigos de la carne. Es decir, del género humano.

"Los cementerios y las viviendas."
 Igual que media vuelta a la izquierda y medio a la derecha. Es decir, lo mismo, sólo que todo lo contrario.

"Las Islas Caimán que se consideraban perdidas han vuelto a aparecer."
 Han tenido más suerte que las niñas de Eslava.

"En Périgueux (Francia), una joven se ha suicidado, porque sus padres no la permitían que se cortara los cabellos a la "garçon".

La cosa no es para tanto, aunque sea un poco peliaguda.

"La huelga del canal de Suez."
 Una cosa original.
 es la huelga de un canal.

"En un departamento francés, un marido y su esposa se murieron de enfermedad natural al mismo día."

Así se han ahorrado gustos y molestias.
 ¡Y, además, sin pedirlo les enterrarán juntos!

COSAS RARAS

Con motivo de la visita de la "Société des Rosati a la magnífica villa de Fontenay-aux-Roses, fué proclamada la Reina de las Rosas, renovando así la amable tradición que se remonta al año 1789. En aquella época la Reina de las Rosas no ostentaba un título tan pomposo. Se la llamaba, sencillamente, la Rosière.

Esta, elegida entre las muchachas más honestas del pueblo, el día de la fiesta se presentaba, precedida de su corte, y recibía de manos de la marquesa de Fontenay la corona de rosas y las seiscientas libras que debían servirle para constituir su dote.

Aquella marquesa, iniciadora y organizadora de la fiesta, era tan bonita, tan gentil y tan generosa, que todos la adoraban.

Tres años después de la primera fiesta de la Rosa, el marqués se hallaba emigrado y la marquesa en prisión y a punto de ser guillotinado. Tal era la voluntad de Robespierre.

Pero Tallien vió a la encantadora marquesita, se enamoró de ella y encontró en su pasión la energía necesaria para derribar al tirano. Y la marquesa se salvó.

Más adelante, la ex marquesa, lanzada en el torbellino de la vida política, reinó en Francia al reinar en el corazón de Barras y usó de su influencia para empujar en su carrera a cierto oficial de artillería que se había distinguido en el sitio de Tolón.

La marquesa de Fontenay influyó, pues, en los dos acontecimientos más importantes de la época revolucionaria: la caída de Robespierre y el advenimiento de Bonaparte.

Murió en Nueva York un rico banquero judío, y para poner a prueba la codicia o la astucia de sus hijos, fijó en su testamento la siguiente cláusula: "A mi muerte, cada uno de mis tres hijos y herederos, depositará sobre mi cadáver, para ser encerrado conmigo en el féretro, un millón de dólares."

El mayor de los hijos, con sinceras lágrimas en los ojos, contó billete tras billete el millón de dólares que le correspondía y lo depositó bajo la almohada donde reposaba para siempre la cabeza de su padre, diciendo:

—¡Hágase tu última voluntad!
 El segundo trajo el millón en monedas de oro, y al dejar los sacos sobre el cadáver, exclamó disimulando con una sonrisa su codicia:

—¡Quiera Dios que no os pese vuestro deseo!
 El hijo menor, al llegarle su vez, se acercó al ataúd, diciendo:

—Gracias, padre mío, por haber seguido distinguiéndome entre mis hermanos.

Y sacando su libro de cheques, extendió un talón por tres millones que dejó amorosamente entre las manos de su progenitor, y recogió las monedas y los billetes depositados por sus hermanos.

El director de la Oficina Científica de Pesca, de Lorient (Francia), ha sido autorizado para practicar diversas experiencias aéreas relacionadas con la pesca.

A bordo de un dirigible de la base aérea de Roquefort, provisto de dos motores, ha efectuado algunos recorridos, durante los cuales ha enseñado a la tripulación los procedimientos técnicos para que en el curso de sus viajes aéreos y de las maniobras que efectúen puedan desde sus aeronaves descubrir los bancos de peces que pueda haber, y especialmente los de sardinas.

En efecto; poco después de haber salido de su base, descubrió un banco de sardinas, cuya presencia y situación fué avisada a la costa por medio de la T. S. H.

Desde el aire se distingue la presencia de los bancos, en primer lugar por sus reflejos metálicos, que son muy visibles desde arriba, y también por las manchas oscuras y movientes que forman, que se distinguen asimismo muy claramente. También resultan muy útiles las indicaciones que se desprenden del juego, y vuelo de las aves marinas.

Aunque no resulte por ahora conveniente poner a la disposición diaria de los pescadores o del servicio de pesca aparatos tan costosos, es evidente que con personal conocedor se puede emplear útilmente toda salida de las aeronaves efectuada con cualquier otro objeto.

La Tesorería americana ha publicado una nota, anunciando que en la fecha del primero del mes actual, el montante total de la moneda puesta en circulación en los Estados Unidos era de 4.933.167.757 dólares, lo que representa una cifra de 42 dólares 55 céntimos por cabeza de habitante de Norteamérica. En primero de octubre pasado, la fortuna de los Estados Unidos por cabeza de habitante, era de 42 dólares y 34 céntimos.

El encaje metálico de los Estados Unidos es de 8.438.136.23 dólares, de los cuales están en oro 4.461.521.596 dólares.

EL TABLADO DE ARLEQUIN

"La revolució al meu barri"

Habiéndose ya estrenado—y con mucho éxito, por cierto—esta humorada de Angel Samblancat, creemos oportuno reproducir una escena de la farsa representada en Apolo, para que nuestros lectores se formen una idea, aunque no sea más que vaga, del humorismo que en la misma campea.

ESCENA III

(Al sentir l'ovació i el soroll surten de les barraques els homes. Van vestits, com les dones, amb modestia, però amb netedat.)

El sabater.—Què és aquesta xerrameca?
El fuster.—Qui fa aquest xibarrí?
El forner.—Qui ha d'ésser? Aquesta trepa.
El ferrer.—Ja són altra vegada aquí? Quins bandarres! Si que estem ben amants.

El sabater.—Es comencen a fer pesats. En fan un gra massa. Això és un abús.

El fuster.—Quanta mandanga! Quin conte que es porten aquests "payos"!

El sastre.—I quina pedregada que ens ha caigut a sobre. El sabater.—Verament, això fa massa temps que dura.

Banquer.—Una caritat per l'amor de Déu.
Regidor.—Per humanitat.

Comtessa.—El terratrèmol ens ha deixat a la misèria.
Magatzemista.—He perdut la dona, els fills, els béns. El magatzem és el que sento. El demés, rai.

El ferrer.—Bé. Però, que no hem d'apenar mai?
—El sabater.—Ja fa més d'un mes que us mantenim.

El ferrer.—Que hem de viure sempre amb l'esquena dreta?

El forner.—A mi no em regalen el pa.
El sabater.—No compreneu que ens aneu a acabar les subsistències?

Banquer.—El terratrèmol en té la culpa.
Comtessa.—Qui ho havia de dir? Qui podia preveure el daltabaix?

El sabater.—S'ha d'ésser previsor, s'ha de vigilar sempre.
Magatzemista.—Però, home de Déu! Si jo tenia el magatzem assegurat en sis Companyies.

Comtessa.—La casa se'ns ha enderrocat. Tota la ciutat ha esdevingut un munt de ruïnes. Tot, tot s'ha esfondrat. No resta un edifici en peu.

El sastre.—Ben xirois estan els nostres.
El ferrer.—I per què féieu les cases tan grans? Si no sou més alts d'estatura que nosaltres, per què teníeu cases més altes que les nostres? Per què féieu els vostres palaus de quatre pisos? No en teníeu prou amb un pis per aixopugar-vos? Per què volíeu els altres? Per explotar als llogaters, per a escanyar als pobres, oi? Doncs feu-vos...

Comtessa.—Parleu bé, si us plau.
El sabater.—No veieu nosaltres? Estem tan fresquets. Hem sortit indemnes, incolumes del terratrèmol. La nostra llar humil, la nostra casa petita no ha trontollat. I la que caigué en ruïnes, en mig hora va estar aixecada de bell nou. Han caigut les torres de l'ambició, les torres de l'orgull. Es el fum de la superbia el que ha escumbrat la tramontana. La casa de l'humilitat segueix en peu. No hi ha com la senzillesa, com la bondat per a estar segurs, per a ésser feliços.

Banquer.—Sí. Però ara tot això ja no té remei.
Regidor.—Déu vos guard d'un ja està fet.

Magatzemista.—El cas és que hem de menjar.
El sabater.—Treballem.

Dona 1.^a.—Es clar.
El ferrer.—Peu com nosaltres.

Magatzemista.—Bé. Però què hem de fer?
El ferrer.—Això, això és el que jo dic. Què hem de fer?

El sabater.—El deure de solidaritat humana amb vosaltres està complet de sobres.
Comtessa.—Però què hem de treballar nosaltres, què hem

de treballar? No sabem treballar. A més, s'han fet aquestes mans per a tocar segons què coses, per arrossegar-se per terra i anar de quatre grapes?

Magatzemista.—Després que no n'hi ha prou amb voler treballar. S'ha de poder.

El sastre.—No ho deieu pas així abans d'arruinar-vos. No deieu que tots els que no tenien feina eren uns ganduls? A mi mateix m'ho heu refregat pels nostros mantes vegades.

Magatzemista.—Abans era una altra cosa.
Regidor.—En l'antic règim...

El ferrer.—Què tants vuits i nous! Què règim ni què romansos! Aquí al nostre barri, aquí a les barraques, si voleu tastar quècom calent, heu de treballar i fora.

Banquer.—No us hem dit que no en sabem, que no servim pel treball manual?

El ferrer.—Com s'entén que no en sabeu? En sap tothom. En sap qui vol. Quin ofici teniu vos?

Banquer.—Jo sóc banquer. Per fer del meu ofici necessito un banc.

El ferrer.—Veiam. Tu, fuster, deixa-li el teu.
Banquer.—No, home, no. No es tracta d'un banc d'aquests. Es d'un Banc de guardar diners.

El forner.—Diners! Però no ens els havien escurat tots vosaltres? No ens havien pres fins la darrera peça de coure? Doncs ara hem après de passar sense. Fa tant temps que no veiem una "pela", que ja ni les coneixem. Aquí, en aquesta barriada, no en tenim de diners, ni en necessitem. Mireu. Jo sóc forner. Pasto el pa del sabater, pel sastre, pel paleta.

I quan necessito algun favor, algun servei d'aquests me'ls ells a mi i ja s'ha acabat.

Banquer.—Per això mateix. Si no hi ha diners, jo què hi faig aquí, a què em dedico?

El ferrer.—Conceue la terra.
Regidor.—Mosca!

El sastre.—Molt lògic.
Banquer.—Això els paguesos. Jo no en sé.

El ferrer.—Apreneu-ne. No val més treballar que captar? Comtessa.—No estem ja a temps d'aprendre res. Considereu. Després, una dama com jo voleu que treballi?

Les dones (a chor).—Bé treballen nosaltres. Ai, coll! Us heu de bellugar.

Comtessa.—Es que jo... Si tampoc tinc feina.
Dona 1.^a.—Ja n'hi donarem. No s'amoïn.

Dona 2.^a.—(que ha anat a la barraca i surt amb una escombra).—Tingui una escombra. (Li dona.) Escombri.

Dona 1.^a.—Toca el violi ara.
Comtessa.—Com s'agaia això? On aneu amb aquesta brutícia? Teniu. (Li dona.) Mercès.

Dona 1.^a.—Vol, doncs, roba per rentar? Us en porto un cove. Deixeu-me'l net i us trec el ventre de pena.

Comtessa.—No tinc prou força als punys. Em cansaria.
Dona 2.^a.—(Prenent-li un nen a una altra dona, que el porta en braços).—Doncs tingui aquesta criatura. Dongui-li de mamar.

Comtessa (palpant-se els pits).—Als meus pits no hi ha llet. Estan buits. Estan secs. No raien.

Dona 2.^a.—Doncs si no sap escumbrar, ni rentar, ni criar fills, per què menja, per què vol viure? Amb quin dret vol viure? (Amb energia.)

"La noche del Sábado" en Nueva York

En la ciudad de Nueva York, y en el teatro Repertorio Cívico, representan actualmente a nuestro compatriota Benavente, junto con Chéjov e Ibsen.

La obra del primero es "La noche del sábado"; la del segundo, "Las tres hermanas", y la del tercero, "El constructor".

¿Cuándo podremos anunciar en Madrid una cartelera semejante?

DE ACUERDO

"La Nación" ha consultado a don Jacinto Benavente lo que opina sobre la Asamblea, y éste ha dicho lo siguiente: "Me parece muy bien la convocatoria de la Asamblea; pero... no corría ninguna prisa."

BRIGIDA

En esta resurrección anual de don Juan Tenorio, vamos restableciendo el equilibrio de todos los personajes del famoso drama. Ya podemos desinteresarnos un poco de la figura del héroe, para examinar de un modo aislado las de sus interlocutores. Don Juan es, quizá, demasiado declamador. Sin su retórica, sus aventuras carecerían de relieve. Aún más interesante que lo que le pasa, es cómo lo cuenta. Con tropos y metáforas llama al amor, con tropos y metáforas le despide, y, en los momentos graves, con tropos y metáforas espanta el miedo. Son frecuentes en la vida estos hombres que triunfan más por lo que hablan que por lo que hacen. No confundamos, sin embargo, esta retórica donjuanesca con la oratoria; el orador es siempre más objetivo, y sólo por azar habla de sí.

Los personajes que rodean a don Juan, con excepción de don Luis, que no es sino la caricatura de don Juan, el espejo en que éste se mira de vez en cuando, para no caer en el ridículo, carecen de luz propia, y todos ellos han sido creados para escuchar a don Juan, y, en caso necesario, para servirle. Entre estos personajes destaca Brigida, sin la cual Tenorio perdería sus mejores aventuras. La influencia de Brigida en la literatura dramática posterior al Tenorio, es formidable, y, si observamos un poco, veremos que todas las actrices de carácter, en cualquier comedia que representen, tienen un poco de Brigidas. El andar a saltos, las violentas inflexiones de voz, el refugiarse en el ridículo, cuando surge una situación comprometida. Brigida será siempre en el proscenio una figura que asegure el buen éxito de una comedia.

Zorrilla, para trazar este tipo, se apartó un poco de la Celestina clásica, hasta huyó de llamarla Celestina, y se separó, también, de las duenas de Lope y de Tirso de Molina. Desde Zorrilla, el mundo de zurcidoras de voluntades, en la literatura española, quedó dividido en dos grupos: en Celestinas y en Brigidas. ¿Qué trágicas son las caídas del amor y, sin embargo, cómo gozan los espectadores con ellas! A cada trampa que Brigida prepara a doña Inés, el pueblo soberano ríe y palmotea regocijado. No quiere ni por un momento penetrar en la maldad del personaje; antes bien, encuentra disculpable que la experiencia de la vieja concierte para el amor dos voluntades en la flor de la vida. El público no quiere ni por un momento que Brigida sea un personaje odioso. ¿Es que puede tolerarse que la joven novicia se marchite en el convento sin gustar de la vida y la juventud?

Todos los donjuanes han necesitado de estas ayudas; pero hay que entender que a Brigida no la ciega la codicia, como a la "franca Lucía", sino más bien el resplandor de don Juan. Ya pasaron para ella los años del amor; ¿Qué lejos en el recuerdo! Brigida se levanta muy temprano; va a la primera misa; en el camino detiene a todos los curas que encuentra; lleva chismes y murmuraciones de unos conventos a otros; es confidente de las torneras y amiga de las abadesas; lleva recados de las novicias, y regalos de los conventos a las casas y de las casas a los conventos... De tiempo en tiempo, en las largas esperas, Brigida suspira. ¿Qué evocaciones y recuerdos hay en estos suspiros? Suspira por la juventud que se fué, y que, posiblemente, no supo aprovechar demasiado. Y, entonces, contempla a doña Inés; la inocente belleza de doña Inés. ¿Si Brigida pudiera trocarse en la novicia!

Y, así, un día, en una calleja sevillana, Brigida la beata se cruza con don Juan. ¡Terrible sugestión! Ella no tuvo nunca en su juventud un don Juan en su camino.

Y, entonces, en la soledad de la celda, Brigida se mira en doña Inés como en un espejo. Y contra esta sugestión, la novicia no tiene armas. Porque doña Inés vuelve su luz sobre Brigida, y se ve como ella, vieja y encorvada, temblando la voz, andando a saltos, trocando de convento en convento... y con el amor y la juventud sin historia. ¿Qué bien aprovecha don Juan estos espejismos para sus triunfos!

FRANCISCO DE COSSIO.

Una fiesta simpática

En el Teatro Escuela (Consejo de Ciento, 264), se celebrará el domingo, una función de variedades patrocinada por la "Association Amicale Française" y de la "Penya Sempre Contents", en honor de su consocio don Charles Davin.

El cuadro de la "Penya" pondrá en escena la comedia de Carlos Arniches "Sueño dorado", y luego trabajará un cuadro de atracciones entre las que se destacan los reyes del "charleston" Bobby y Margot, el tenor José Domingo Tito imitador de "Ramper", el gran Calvet, Pepito Sevillano, el extraordinario barítono y esperanza de la empresas José Lledós. Pilar Ros y el beneficiado Gran Charles.

Suponemos que el Teatro Escuela se verá lleno como los días de grandes acontecimientos.

Antonio López, Impresor :: Olmo, 8, Barcelona

Continúa con éxito creciente la venta del último libro de Angel Samblancat
La casa pálida

La última producción del vigoroso escritor no debe dejar de leerla ningún espíritu liberal.

Prezio: TRES pesetas

Els menús més deliciosos són els del restaurant

Grill-Room

Escudillers, 8 :-: Café - Bar - Restaurant

EL ESCANDALO

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona

REDACCIÓN

Y ADMINISTRACIÓN

Calle del Olmo, 8

BARCELONA

CUENTA CAMINANTE.

BANQUETES

Representan los banquetes una de las costumbres más desagradables, y desde luego más ilógicas, de la vida social. Comprendo que los profesionales de la política amen los banquetes, porque esas comilonas espectaculares les proporcionan ocasión de hablar delante de muchas personas a la vez; pareciento al actor, el político necesita exhibirse. Pero, ¿qué vinculaciones puede haber entre los cocineros de los "Palace" y las Bellas Artes?... Muy bien estaría que a los sabios y a los artistas pobres, absortos en la realización de algún alto empeño, sus admiradores y amigos ricos les alimentasen "a priori", tanto para liberarlos de las preocupaciones, poco elevadas, que afligen a cuantos necesitan ganarse el diario sustento, como en atención al influjo excelente que un yantar substancioso ejerce sobre las funciones cerebrales. Las raíces de las ideas, aun de las más geniales, pueden buscarse en el estómago.

Por lo mismo la nutrición "a posteriori" no tiene razón de ser. Después que el artista ha triunfado, ¿para qué invitarle a almorzar?... ¿O es que hacemos esto, no porque le estimemos y reverenciamos sinceramente, sino para acercarnos a su gloria y envolvernos un poco en ella?... Debemos ayudar a los animosos, a los espíritus de selección que batallas para abrirse camino, a los que llevan en la frente una luz que la miseria no apaga, no a los victoriosos, porque nuestra adhesión, que en el primer caso hubiera sido desinteresada y quizás utilísima, en el segundo tiene apariencias de vanidad y de pleitesía rebalega.

Por respecto a la persona a quien pretendemos honrar, los banquetes debían suprimirse, pues a la hora de la sobre-mesa—la hora estúpida del "champagne" y de los discursos—, el festejado, por aguda que sea su discreción, inevitablemente ha de ponerse en ridículo. El pintor que acaba de obtener una "primera medalla"; el músico aplaudido; el escritor, habituado a hablar más con la pluma que con la lengua, a quienes hacemos víctimas de esos agasajos ruidosos, en el momento de levantarse "a dar las gracias", ¿qué podrán decir que esté bien, que no sea cursi ni tampoco demasiado vulgar?...

El alma de los banquetes es grotesca; en ellos todo es artificioso, hueco, frío y teatral; el traje de etiqueta que los obsequiados se creen obligados a endosarse; la actitud, unas veces avergonzada, otras aburrida del obsequiado; los cubiertos, colocados siempre demasiado juntos; las copas de diferentes tamaños y colores alineadas, como para un juego de prestidigitación, delante de cada comensal; los manjares, servidos en porciones reducidísimas y con desesperante lentitud, como para que luego, allá en el estómago, no se tropiecen; el rebulicío de todas aquellas personas unidas pasajeramente en la devoción hacia un hombre cuya obra, la mayoría de ellas, apenas conoce; y, finalmente, el griterío de mal gusto que forman los que se empeñan en comunicarse con el amigo sentado al extremo opuesto de la mesa; los brindis, los discursos, los "menús" que, por docenas, van de mano en mano recogiendo las firmas de cuantos asistieron a la fiesta y muchos de los cuales quedarán olvidados sobre el mantel; las fotografías, en las que todos los circunstantes quieren aparecer...

Como muchos, yo he sido también muy banquetado; pero exceptuando el que me ofrecieron cuarenta y dos amigos—no cabían más—en un vagón-restaurant, los restantes, que acaso pasen de docientos, sólo dejaron en mi memoria una sensación turbia, amorfa, de calor y fatiga. Siempre que en mis andanzas por América, algún español me decía: —He leído en los periódicos que mañana le dan a usted un banquete. Allí nos veremos...

Yo contestaba:

—¿Para qué va usted a molestarle?... No vaya usted. ¿De veras?... ¡No vaya!...

El replicaba, asombrado:

—¿Por qué no le he de ir?...

Y yo:

—Porque no tiene objeto...

Lo que me impedia a hablar así no era mi modestia, sino mi compasivo corazón. Me apladaba de aquel hombre bueno, ordenado, tranquilo que no salía nunca de su tienda y gustaba de comer en mangas de camisa, y que para serme agradable interrumpía el dulce sedentarismo de sus costumbres y afrontaba el suplicio de entumescerse, durante cuatro o cinco horas, dentro de un frac. Porque no es el frac el único enemigo contra quien las personas sencillas han de luchar, en esa labor de aniquilamiento; el frac, que oprime los sobacos de su víctima

y la obliga a mantenerse erguida, no está sólo: le ayudan las zapatillas de charol, que torturan los pies hasta detener en ellos la circulación; los cuellos almidonados, congestivos, semejantes a dogales; la preocupación de no dejar caer una mancha sobre la albuja impoluta de la camisa; el chaleco, excesivamente apretado, tal vez; los guantes, de los cuales su dueño, no bien se los quita, no sabe qué hacer; la corbata, que propende a ladearse...

¿Cómo un individuo, en medio de tantos motivos de desasosiego, podrá sentirse feliz?... Lo único relativamente agradable de los banquetes, son los discursos, a condición de que sean muy buenos o muy malos. Yo, francamente, prefiero los últimos. ¡Ah, sí!... Me sucede con ellos lo que con las comedias interpretadas por aficionados: que me río mucho. Un banquete en el que se pronuncian quince o veinte discursos destinados—a veces se oyen más—vale un vodevil.

A esos oradores que podemos llamar "de sobre-mesa", les divido en dos grupos: los tímidos, los sencillos, que jamás pensaron hablar, pero que hablarán a la fuerza; y los que tuvieron la precaución de escribir un discurso que luego se aprendieron de memoria, y pronunciarán venga o no a cuento. A estas dos categorías de oradores se les distingue fácilmente por su actitud en el decurso de la comida. Cuando los camareros sirven el café, los primeros se muestran encogidos y apenas levantan los ojos del mantel, mientras los segundos, a quienes cuesta trabajo no ponerse en pie, miran desafiantes a todas partes, los ojos brillantes, bien alta la cabeza, en la posición del gallo que va a cantar.

Los platos "serios", aquellos cuyos nombres al día siguiente citarán los periódicos, han pasado ya. ¡Gracias a Dios!... Estamos en los postres, y con las libaciones los cerebros se han acalorado. La alegría del vino triunfa de la gravedad, demasiado correcta, que en los comienzos del banquete llenaba de fastidio el comedor. Hasta los muy circunspectos tienen ganas de reír, y para conseguirlo nada más expeditivo, más rápido que poner a alguien en ridículo. Las multitudes, como los antiguos reyes, necesitan un bufón. Súbitamente un mal intencionado grita, al mismo tiempo que agacha la cabeza:

—¿Que hable, Fulano!...

A esta voz cruel se suman inmediatamente otras muchas:

—Sí, sí... ¡Que hable Fulano!... ¡Que hable!... ¡Que hable!...

Con el escándalo la sala retiembla y el anfitrión sonríe, alegrándose de que otros pasen el mal rato que a él le espera.

Fulano, entretanto, enrojecido, finge no comprender lo que le piden, y, en su aturdimiento, se mete en la boca un trozo de pan demasiado grande. Entonces los dos comensales más próximos a él ofrecen de victimarios, y callandito y melosos le aconsejan:

—Ya oye usted; el público se empeña en que usted hable; levántese usted...

Al misero Fulano, sobre quien todas las miradas están puestas, las cejas se le contraen afligidamente.

—Pero, si yo no sé hablar!—balbucea.

—No importa—insisten sus adjutores—; diga usted cuatro frases...

Imposible resistir. Lívido, trémulo, Fulano se levanta; la voz y las rodillas le flaquean; no ve; parece que va a desmayarse... Hasta nosotros llegan algunas de sus palabras. Ha dicho "corazón", ha dicho "patria"... luego vuelve a decir "corazón"... Menos mal que nadie le oye; la algazara crece; algunos comensales marcan sobre el mantel con sus cuchillos de postre, el ritmo de un cuplé en boga. De pronto Fulano se sienta, se hunde; su discurso ha durado exactamente medio minuto... y todos le aplauden.

En aquel momento alguien grita:

—¿Que hable Mengano!...

Y, como su predecesor, el infeliz Mengano, abúllico, vacilante, sin una sola idea en la cabeza, sube a la picota. Este drama se repite varias veces, porque a la multitud le gusta ver sufrir. De repente, aprovechando un silencio, una voz robusta, afirmativa, dominadora, exclama:

—¡Pido la palabra!...

Este orador espontáneo pertenece a los del "segundo grupo", de que antes hice mención. Cerca de mí oigo murmurar: —¿Cómo iba a perder este mamarracho la ocasión de colocarnos "su discurso"?

—¿Cree usted que será el mismo discurso que pronunció en el Casino Español el año pasado?...

—El mismo; el de todos los banquetes; no tiene otro. Lo lamentable es que cada día lo dice peor...

Al igual que Fulano, el disertante habla del "corazón"... de la "patria"... del "corazón" otra vez... Desde un extremo de la mesa, alguien le increpa.

—Eso ya nos lo ha contado usted en otra ocasión!...

El hermano Francisco

Hermano de todos. Mejor dicho, de todo y de todos; de los hombres, de los animales y de las cosas.

—¡Hermano lobo! ¡Hermana agua!—decía el dulce corde-ro de Asís.

Hay, en el cielo o en el almanaque, los santos de la penitencia y los santos de la caridad, los santos del milagro y los santos del amor.

San Simeón "el Estilita" vivió treinta años en la punta de una columna abandonada.

San Juan Silencioso hizo voto de mutismo perpetuo, y lo cumplió como un liberal, como un republicano de nuestros días. Durante cien años que se prolongó su existencia, no pronunció una sola palabra, no dijo esta boca es mía.

San Roque, siendo niño de teta, era ya santo. Ayunaba los viernes en los brazos de su madre, y no mamaba más que una vez cada día. No habría valido para empleado.

Santa Verónica de Julianis se escribió en el pecho, con un pañal, el nombre de Jesús.

¡Magníficos estos héroes del sacrificio, estos campeones de la piedad y la devoción!

¡Admirables los mártires, los confesores, las vírgenes!

Pero más digna de envidia y de loor aún es la santidad de los varones que se elevaron al cielo sin dejar de tocar con los pies en la tierra, que frecuentaban el trato de Dios sin perder el contacto con los hombres.

Refiere el Año Cristiano que un pobre fué a pedir limosna al convento de Aguilar, del que había sido prior San Pedro Regalado.

Los monjes no tenían ni un mendrugo y no pudieron socorrer al menesteroso.

El pordiosero entonces se arrojó ante la tumba del santo y le rogó fervorosamente que no lo abandonara.

El muerto, escuchando el ruego angustioso, sacó la mano de la sepultura y estrechó la del mendigo y depositó en ella un pan.

Esta sensibilidad revela una identificación con el Cristo muy superior a la que con disciplinas y cilicios se obtiene; revela una compenetración mucho más íntima con la doctrina evangélica que la alcanzada por los místicos y por los histéricos de la leyenda.

A la divinidad se llega por la humanidad.

Por esta escalera se encumbró o se encaramó a ella el "Poverello".

No nos gusta la mendicidad franciscana, ni la humildad, ni la pobreza.

Hay que amar la vida, sentir el hechizo de la vida.

Nos inspira, sin embargo, la más viva simpatía, nos conmueve hondamente la ternura maravillosa, el exquisito sentimiento que se desborda del corazón de Francisco.

¡Hermana agua! ¡Hermano lobo!

Antes que la revolución francesa promulgara el dogma de la fraternidad, el "Poverello" lo había inscrito en su Regla.

Mientras los miembros de la Orden de Predicadores se llamaban "dominicanos" o "dominicanos", es decir, canes de Dios, mastines del Señor, el de Asís llamaba a sus religiosos frailes, "fratres"; esto es, hermanos.

Por eso sin duda estando orando una vez el "Poverello" a los pies del Crucificado, Jesús desclavó las manos del madero y dióle un abrazo muy estrecho a Francisco.

ANGEL SAMBLANCAT.

El orador mira al interruptor con ojos enfurecidos:

—¡No importa!—exclama.

Y sigue... y yo no puedo menos de admirar la tenacidad de su memoria. "Este hombre—pienso—, si se hubiese aplicado al estudio de la Historia Natural, hubiera rivalizado con Cuvier..."

He aquí lo que sacamos de los banquetes: nada. Los banquetes no nos sirven ni siquiera para refrescar el espíritu y reanudar las amistades, pues únicamente podremos platicar con la media docena de personas instaladas a nuestro alrededor. Las demás... ¡como si no estuviesen!...

Muchas veces he saludado a gentes que, extrañadas de la tibia con que les alargué la mano, me dijeron:

—¡Pero, cómo...! ¿No se acuerda usted de nosotros?... Nosotros asistimos al banquete que le dieron a usted en..."

Y yo he contestado, con cierto empacho:

—¿Ah... sí?...

EDUARDO ZAMACOIS.